



EDITORIAL

## **Economía para la misión**

**L**a vitalidad y fecundidad de la vida religiosa dependen en gran medida del modo como vivimos nuestra pobreza evangélica. Las reflexiones de los religiosos y religiosas suelen derivar en torno al tema de la pobreza, vida sencilla, trabajo y opción por los pobres... Pero hablamos poco de la economía, de nuestra relación con el dinero, de cómo lo administramos y para qué lo usamos. Y sin embargo, sabemos que lo que más nos toca las fibras de la vida humana es la afectividad, el poder y el dinero. Es decir, una espiritualidad encarnada no puede eludir la cuestión en torno al dinero y la administración de los bienes. La vida religiosa se siente necesitada de hombres y mujeres aprendiendo a vivir con el Evangelio como hoja de ruta en peregrinaciones a los lugares de la administración, desencadenando dinamismos creativos.

*Hoy el dinero mueve el mundo, y lo divide. También en la vida consagrada el uso del dinero mueve la misión y es motivo de tensiones o de armonía comunitaria. El dinero puede orientarnos o desviarnos de nuestro norte evangélico. La sociedad de consumo nos va llevando a multiplicar las necesidades, y cada vez nos resulta más difícil establecer los límites entre lo necesario y lo superfluo. Necesitamos discernimiento comunitario para orientarnos evangélicamente en la administración y el uso del dinero, para orientar la economía de nuestras comunidades al servicio de la misión. Nos sentimos llamados a serenar esa amistad un tanto turbada entre vida religiosa y actividades administrativas, para que llegue a ser sólida y fecunda.*

*Nuestra formación ha pecado de un espiritualismo tal, que en la práctica nos aleja de la búsqueda de Dios en ciertas tareas de lo cotidiano.*

*Con facilidad llegamos a separar el mundo de lo espiritual y el de lo financiero, encarnando incluso actitudes frente al dinero que de hecho muestran irresponsabilidad, ingenuidad, falta de libertad y poca generosidad. Y hasta separamos pobreza y economía. La pobreza es una opción y un compromiso de la persona, que vive en una institución que necesita recursos económicos; sin ellos, tampoco el desarrollo de la misión es posible.*

*La pobreza evangélica es un rasgo en nuestras vidas que, si pasa por épocas de nublado, siempre será una nostalgia que rebrota en experiencias suscitadas por el Espíritu. El punto de preocupación para este número de TESTIMONIO no es tanto los recursos económicos en sí, sino la cantidad y el modo de administrarlos, la transparencia de la gestión económica. De hecho el sentido de riqueza o pobreza en la vida religiosa depende de la forma y los criterios en la administración de los bienes. Sin una administración configurada por el Evangelio de Jesucristo, la renovación de la vida consagrada no pasará de ser un barniz para exteriores.*

*La situación económica de una comunidad no es algo que preocupe únicamente a los responsables de hacer frente a las necesidades que deben atenderse con medios económicos: los superiores y ecónomos. Todos los miembros de la comunidad consumen recursos, y son responsables de que los recursos estén orientados a la misión. Nadie podrá estar ajeno al tema de la economía, a la administración de los bienes.*

*El dinero que tenemos en comunidad está en función del trabajo misionero y de las necesidades de los hermanos o hermanas. Evangélicamente hablando, podríamos decir que aquello que tenemos más de lo que necesitamos no nos pertenece a nosotros; les pertenece a los pobres; está al servicio de la misión. De ahí el principio en la vida religiosa, que orienta y configura el contenido de este número de TESTIMONIO: La administración de nuestros recursos económicos para la misión y en función de lo necesario para nosotros.*

*La práctica concreta en la elaboración del presupuesto de la comunidad –responsabilidad de todos– nos forma en el ejercicio del discernimiento económico comunitario, evaluando en cada caso lo que es un gasto superfluo, conveniente, necesario o indispensable. Esa tarea nos ayuda a entrar en la escuela de la “economía de lo necesario”. Frente al consumismo reinante en nuestros países, el Evangelio nos enseña a vivir una cultura de lo necesario con un estilo de vida marcado por la sencillez.*

*La sociedad hoy está demandando de la vida religiosa una fuerte dosis de coherencia evangélica, también en el manejo de los bienes. Nuestra consagración está centrada en la misión, y la misión apunta más al estilo de vida que al trabajo. Comunicamos más Palabra de Dios con nuestra vida que con nuestras obras. La vida comunitaria es misión. La administración compartida de los bienes es misión, testimonio de vida de Dios. Por consiguiente, será necesario ir acostumbrándonos cada día a administrar los medios económicos pensando más en el bien de las relaciones fraternas entre nosotros, de modo que en las comunidades la paz no llegue a ser el fin sino el comienzo. Porque de hecho una administración no compartida y no transparente provoca conflictos innecesarios en las relaciones entre nosotros. Es decir, no se trata solo de compartir nuestros bienes, sino también de compartir la responsabilidad administrativa de los mismos. Todos somos responsables de los ingresos y gastos. No es posible construir diariamente la comunidad sin la responsabilidad y transparencia de cada miembro en las finanzas.*

*Ante la tarea de responsabilizarnos de nuestras finanzas, podríamos orar el texto de las Bienaventuranzas, para que también en el manejo de la economía metamos más a Dios, metamos más Palabra de Dios encarnada. Es la encarnación lo que nos cambia la vida. Nuestros ideales caminan a mayor velocidad que las realizaciones. Por eso nos sentimos invitados a celebrar la inquietud y el deseo que acompaña a tantas comunidades religiosas de ir revitalizando su respuesta al Señor, construyendo cada día la vida fraterna –también a través de un uso más evangélico de las propias finanzas– como signo de la vida de Dios entre nosotros. Es el mensaje que sugiere la portada del número de la revista al mostrarnos la escena del encuentro de Jesús con Zaqueo. Al administrar los bienes, derramando días y fuerzas en buenas dosis de amor y Evangelio, renovemos la confianza de ser colaboradores en la misión del Padre suplicándole: “Envía, Señor, tu Espíritu. Y renueva la faz de nuestra vida consagrada”.*

